

Súcubo

Miguel Muñoz Martínez



Capítulo 1

Súcubo

Tengo miedo.

Esta noche he vuelto a desarrollar ese miedo irracional de los primeros años. Ser un chiquillo y pensar cuan frágil es la vida balanceándose en equilibrio, con medio cuerpo fuera y otro dentro de la ventana.

Y como punto de apoyo mi abdomen apoyado cual palanca en la repisa de mi ventana de ocho años.

La misma en la que se aparecía el súcubo.

Siempre he sido un suicida.

He jugado a juegos peligrosos. Ahora, con mi insomnio de cuarenta de cuerpo presente recapacito. En una casa que no es la mía recapacito y miro la esfera. Las cuatro de la mañana y hormigas en la boca.

No quiero. En realidad tengo sueño, pero no quiero. Es de risa señora. La mujer aplasta el bolso sobre su prominente pecho y sonríe entre espaciados dientes. La carnicería está llena señora, la cartilla actualizada y afuera lloviendo. ¿Qué más se puede hacer?

Balanceando en vertical sobre ese recuerdo recortó mi figura y pego la foto de mi hijo. La roto cuarenta grados cual metódico aprendiz de asesino y la coloco boca abajo sobre el abismo. ¡No! ¡Nunca! No lo voy a permitir. Borro todo y desinfecto. Pero la desinfección no mata las esporas. Quedan flotando inertes alrededor de mi cama y yo contengo la respiración.

Abajo la casa fantasma. A cinco pisos de distancia. Y yo sin querer estar ahí estoy. ¿Que extraña atracción por la muerte en equilibrio he desarrollado? El suicida de Srrodinguer le podrías llamar con muchos más años y ese conocimiento.

Allí, sobre los escombros, la pesadilla se repite. Pero, lo peor es que no es ninguna pesadilla. Yo he estado vivo y al mismo tiempo muerto a la vez. Mirando mi cadáver desde mi ventana a cinco pisos de distancia.

¿Es algo así como un viaje en el tiempo? Siempre me ha obsesionado ser un Mc'fly. Pero esto no es una comedia. Este frío soportable de madrugadas de octubre es real. Al igual que mi miedo. Mi Freddy Krueger vuelve a mis sueños y ataca donde sabe que sangro. En mis sentimientos.

Mi pequeño no debe ser expuesto. Debo mantenerlo lejos de toda esta lucha interna. Si los que viven en esa casa supieran de su existencia... No me lo quiero ni imaginar. Esos puntos frikis sin cabeza. Esa hija de puta con traje de chaqueta de punto blanco. Su edad vieja-media no engaña a nadie. ¡La llamaré Juanita!

Esta noche la he vuelto a ver, y recordarlo me pone los pelos como escarpas.

He regresado (quién sabe porqué) en busca de ese fragmento del payaso de porcelana. Un trozo de escayola pintada de blanco y rojo esmalte que guarda en todas y cada una de sus moléculas la quintaesencia de mi mal.

Debo destruirlo. Hacerlo cenizas y esparcirlas a los cuatro vientos.

Ahora que lo escribo aquí me siento mejor. Las lágrimas son los ríos que arrastran las angustias subterráneas que tanto tiempo han permanecido estancadas en el subsuelo. Servirán para que crezcan juncos a su paso, aniden los patos y se bañen con gran jolgorio los niños. Otros niños más afortunados que yo. Pero no quiero que nadie se apiade de mí, ni reflejar pena. Yo soy quien soy. He aguantado impertérrito la mirada de la sucubo, su súplica en equilibrio desde mi ventana. Y con sólo doce años la combatí. ¡No puedes pasar! Ella me ignora y expulsa feromonas desde su sexo que me abruma. ¡No puedes pasar! Le digo demostrando más madurez que mi propio padre. Sonríe, canta, y vuelve mañana. Los demonios no tienen problemas. ¡Hasta luego Mari Carmen!

Pero ahora quiero volver al tema de la casa. Esta derruida en parte. Llena de escombros y con la oscuridad que se le supone a lo decadente. Las sombras se mueven al fondo y no quiero ni mirarlas. Me aterroriza hasta hablar de ellas. Son traumas o miedos, o personas o sombras. O miedos a traumas de sombras de personas. No sé nada Juan nieves. Solo sé que no tengo espada para enfrentarme a tanto caminante de mis sueños. Les escucho rondar. Ante ellos está la cabecilla, Juanita. Aunque sospecho de otras presencias aún peores.

En la calle real escucho sonidos de noche. Los asoció fácilmente. A este lado es más probable una acción que un boicot. Todo está en mi cabeza, y no quiero recordarlo.

Sé que soy culpable de algo terrible. Todos los habitantes de esta noche lo somos. En algún momento de nuestra vida hemos asesinado algo. Nuestro niño interior el primero. Pero a veces más cosas. No quiero ni pensar en tus pecados, amiga. No quiero saberlos amigo. Si has llegado hasta aquí leyendo es que algo de mí tienes. Esperas el fin del mundo con

tu determinación preparada para hacerle frente. ¡Qué ironía! Si el fin del mundo no espera a nadie. Igual hace tiempo que empezó y nosotros aquí con nuestras cosas. Esperando en el Mercadona. El de pino no, el de jabón de Marsella.

Mis juegos, mi equipo, mi tierra... Todo se vuelve superfluo con el velo del tiempo y la distancia. La familia... . Pongo puntos suspensivos ante el otro punto que no quiero que sea final, pero que se va desvaneciendo gradualmente para mi pesar. ¡Que puta y reputa es la vida! Yo no lo sabía. Aún a mis pacientes les voy enunciando las virtudes de respirar para mantenerlos animados. Aunque dudo mucho que consiga algo ante ese gran destructor estelar que es un carcinoma o una flota de cazas metástasis(última generación). No sé aún si lo hago por ellos o por mi. Aún no lo sé. Pediré cita a un "psicólogo" que sepa menos que yo.

El caso es que vuelvo a los escombros y vuelve el frío. Me introduzco cómo puedo entre trozos apilados de piedra, cristal roto y uralita cuarteada, y saco en claro que de niño era más fácil merodear por los sueños. En apariencia no hay nada, solo la caída libre bajo mi culo en equilibrio. Mi espalda hace de contrapeso a mis pies pegados a la pared. Física de cuarto de EGB. Tortazo importante.

Me voy deslizando sobre la pared que me va manchando de cal la sudadera del mercado (verás mi madre...).

Espera...

Ya no visto así. Ahora la ropa me viene pequeña. La barriga peluda se me sale por debajo, y los pantalones me aprietan lo indecible la "huevera".

- "No importa" - me digo como en una peli bélica antigua - "lo que importa es la misión".

Busco y rebusco entre trozos blancos de escayola levantando el tóxico polvo y creo reconocer lo que toco.

Aunque de nuevo se interpone la eterna viviente. Su pecho de leche y salchichón sorprende al inexpertorecluta. Su cárnico trasero se interpone en mis manos y casi me tienta a llevar una vida normal. ¡No puedes pasar! Pero mis órdenes no son ya respetadas. Las rejas del balcón tienen huecos más grandes que las propias rejas. Por ellas sentí el calor y el ocre sabor de un número impar. Ya la invité a entrar. Estará aquí por siempre. ¿Y que podrá pasar? Lo que tenía que pasar. Coitus interruptus porque no hay pan. Por la Coca cola desbravada. Por qué el súcubo siempre quiere más. Juega contigo, te hace enfadar pero te tiene cogido. ¡Que no puedes pasar!

Ahora en calzoncillos pienso que no hubiera estado mal.

En mis manos mi presa. ¡Vaya! Yo también soy capaz de llevar dos historias sin apenas olvidar. Los fragmentos del payaso ahora vuelven a ser míos, y su maldad me irradia directa al corazón. De solo describirlo aquí me estremece. No puedo volver al zaguán de mi alta ventana. Si lo intento caeré. Además, está toda llena de escombros. Ya no vivimos ahí. Mis padres vendieron la casa a una mujer gorda que hacía experimentos con sus hijas.

Me hubiera gustado estar allí para salvartirarlas melas. ... ¿? Pero...

Da igual. Ya no las recuerdo.

El caso es que solo tengo dos salidas (las de siempre), arriba o abajo. Enfrentarme a la casa e intentar salir con vida, o dejarme caer y morir a otra vida (o a otra muerte).

Decidí enfrentarme. Siempre he sido un cobarde.

Me encaramo a la ventana y a duras penas me dejó caer dentro. Una densa polvareda anuncia mi presencia a los demonios. Ahora que lo escribo pienso que podría haber gritado para auyentarles. Quizá hubiese funcionado...

El caso es que ya entré, y avanzó acojonado entre claroscuros pensando solo en masturbarme si salgo vivo. ¡Qué extraño diría un señor sentado en su silla en un portal de una casa de planta baja!

El mismo que, por mi culpa, acabará con las tripas fuera atropellado por un tren imaginario.

Siempre asesino sin querer queriendo. Y no le puedo echar toda la culpa a la sucubo o al gobierno.

Ahora me vendría bien una compañía, demoníaca o no.

Ando desvalido por entre los escombros y mis huellas en el polvo me delatan tras mis pasos. Miro atrás y me arrepiento. La estrecha ventanuca da directa al abismo urbano de edificios de periferia. Una supuesta huida a toda velocidad me supondría la caída y consiguiente muerte. Estoy también en ese punto vivo y muerto a la vez.

Ante mí me sorprende la bajita señora.

- Te esperábamos. ¡Siempre tarde! Sube y dile a los otros que bajen.

- Hola Juanita - le contesto tímidamente. Otro en mi lugar habría dado un golpe a la mesa, habría dado una voz y habría expuesto sus motivos y deseos. Yo me limito a saludar. Por eso tengo tantos demonios.

Pero esta vez es diferente. No luchó solo por mí. Hay un ser pequeño e indefenso que, por primera vez me quiere.

Ahora que amanece lo comprendo.

- ¡Vamos! ¡Sube que estos se desesperan!

Voy a decirlo. Voy a dar una patada y a dar una voz. Pero estoy aterrorizado.

Salgo corriendo en dirección opuesta. Huir se me da muy bien.

Pienso en mi hijo, en que le he fallado. Y pienso para mi consuelo que la huida es una forma de triunfo. Es posponer las cosas. Quizá no esté preparado aun para enfrentarme a ellos.

- ¿Cuándo lo vas a estar? ¡Huevos tristes! - me grita la gorda retaca con la lengua asomando entre sus dientes afilados -¿Cuándo lo estarás?

Ni me importa. Ya da igual.

Lanzo al suelo el fragmento del payaso y lo aplasto contra un trozo de hormigón. De su mitosis salen cuatro trozos más pequeños. Los vuelvo a aplastar una y otra vez hasta hacer desaparecer tres de ellos. Tres años de nuestra vida. El cuarto me cuesta más. Lo aplasto y lo vuelvo a aplastar, pero siguen habiendo resquicios cuando levanto el pedro.

-No se deshace -exclaman los invitados.

Sin ellos los que me llevan ahora a la ventana. Me resisto y pataleo pero son muchos. A la fuerza me sostienen en horizontal y con cuidado colocan mi barriga sobre el alféizar de la ventana. Medio cuerpo fuera y medio dentro. Equilibrio supino.

No diré nada. Pretendo que ellos no sepan.

Pero saben...

Frente a mí en la ventana de mi cuarto me observa mi hijo. Desde la contigua la veo aparecer. Abre las piernas y se encarama al abismo. Allí se sienta como se me sentaba a mí. Él no la dejará pasar. Esta vez no. Aunque yo no lo veré. Estaré demasiado ocupado entretenido en no caer de cabeza